

EL ULTIMO REGALO

NARRATIVA

Edillo Peña

Sabías que te irías al día siguiente, que tomarías el autobús que sale para Caracas en las noches, ese que hace el viaje con el mismo chofer de las doce. Decidido a no esperar más desde el mismo momento en que te levantaste del mueble y saliste ahuyentado con el grito que te mordía los talones, caminando como si nada para que los murmullos no te señalaran sino que te vieran como a un simple pasajero del calor o como algún vendedor de los almacenes Mustatá,, pero no pudiste ser ni una cosa ni la otra porque el movimiento de las bocas sabían que eras el muchacho que vivía en la casa donde siempre había escandalos. Como la pelea última, donde Josefina fue sacada a patadas de la casa, entre gritos de furia y dolor, mientras los vecinos no se atrevían a defenderla por temor de perder la esperanza puesta en quien la castigaba. Eso quería decir que las cosas no estaban muy bien que digamos y la gente tenía varios familiares presos en los Teatros de operaciones. Y papá estaba haciendo diligencias con sus superiores para que soltaran algunos de los desaparecidos. Y eso era más que suficiente para no intervenir. Entonces te alejaste hacia el terminal de pasajeros, a comprar el pasaje con los veinte bolívares que te dió mamá frente a la casa donde lanzaste una mentada de madre que se confundió con el polvo de la calle.

Escupiste la sangre y ella te dijo con sus noventa kilos que estaba arrodillado en la sala, llorando y pidiendo hielo o alguna crema para darse masaje. Un gargajo te bajó por la garganta cuando lo viste salir indignado hacia el umbral de la puerta y te contestó la mentada de madre amenazándote con una tremenda paliza, falta de respeto. Mientras mamá te apuraba a que te fueras lo más rápido posible, los vecinos llegaban con los regalos hasta que en medio del ofrecimiento le preguntaban a papá por el hijo, el marido, el hermano o los huesos del cadáver.

Pero, a pesar de ayer, el día de hoy está más claro. Solamente que el dolor en la mandíbula le hacer recordar lo sucedido en este momento en que giras la cabeza hacia atrás y te da una puntada enorme, y las imágenes vuelven, se apelmazan una tras otra y la memoria se turba con una catarata de llanto aquí en la orilla de la playa donde destapas la botella de whisky. Porque después que fuiste al terminal, te llegaste al

Parque Tucusito, te sentaste en uno de los bancos y te pusiste a pensar en qué podrías hacer en Caracas si tú no conocías a nadie que te recibiera. Entonces te paraste del banco y compraste una caja de cigarrillos en la panadería, y con una bolsa de papel que le pediste al italiano envolviste la botella y saliste con el vuelto de los cinco bolívares que te sobraron del pasaje. Y se te ocurrió, frente a la avenida, montarte en un autobús que iba para el Puerto. Pagaste tu medio y cuando marcaste la entrada con el muslo, una carcajada te dió la bienvenida desde el fondo de la cocina. Era Tomás, quien también iba hacia el mismo destino. Ahí se pusieron de acuerdo en encontrarse en la orilla de la playa. Antes, él iba a su casa. Y aquí estás esperándolo.

Aquí donde hundes los talones en la arena y restriegas lo amargo del dolor y la impotencia de no haber disparado después que recibiste el carajazo en la cara. Probablemente por los ruegos de mamá quién salió de la cocina con un grito que evitó el desenlace que hoy estás deseando. Mientras papá huía hacia el patio anunciándote el infierno si llegabas a disparar. Y la casa se llenaba de silencio y los objetos se nublaban cuando te sentabas en el mueble grande de la sala con la pistola en la mano. Pensando en el catecismo militar que te ordenaba no matar a papá. Y disparaste sobre el retrato que sonreía encima del televisor, y el estampido le volaba la cabeza con un hueco que llenaba las carcajadas que venían marchando, atravesando, el pasillo, espantando a las gallinas, pisando el vidrio de los vasos con una respiración decidida, abalanzándose sobre ti y arrebatándote la pistola, cuando permanecías inmóvil con ese olor a pólvora y los ojos redondos de puro blanco. Maricón, te faltan bolas para mafarme. Y la casa se llenaba de calor, y el chillido parecía salir de las paredes y del piso; de la mesa y las sillas; de la vitrina y la radio; del televisor y los cuadros que cambiaban de lugar con el nudo de la tensión. Los ojos de papá se ponían más rojos y los tuyos parecían estallar entre el miedo y el calor. Y tu sudabas, sudabas ante su uniforme empapado que te reconocía débil e insignificante. Como si el miedo y el odio tuvieran su propia manera de sudar. Mientras nosotros, tus hermanos, te mirábamos desde los cuartos sin decir nada ni siquiera para uno mismo. Como si tú en ese instante eras cada uno de nosotros viviendo lo que vivías. El ojo de la cerradura nunca fue más grande que nuestros ojos juntos.

Hoy por eso estás aquí, delante de esta tarde, tratando de acostumbrarte al alcohol y a este cigarrillo que se vuelve humo en los pulmones. Respirando esta brisa que te alborota los cabellos mueve las ramas y se desmaya mojada en la orilla. Allí donde los guacucos y los chipichipis abren cuevas para que el mar los arrastre. Un barco petrolero tiene rato acercándose hacia el puerto de Guanta. Su trayecto lo marcas con el hilo de la mirada, y su navegar parece lento a la distancia con el suave golpeteo de una lengua. En ese barco alguien piensa en otra cosa distinta a la que estás pensando. El, sobre el movimiento del agua y tú en la tierra firme que tiembla. El pertenece al

horizonte que miras y tú al de la decisión de irte esta noche para Caracas. Ni siquiera su gorra blanca de marino sale a saludarte desde lejos. Pero el tiempo comienza a colarse por el hueco de la mano. Te amarras la trenza del zapato, te levantas y comienzas a caminar por la orilla de la playa. Tratando de comprender el por qué de este pensamiento que te persigue. Porque el problema ya no es de darle la peor muerte, como has pensado, sino que una vez muerto superar el odio que le tienes y amarlo definitivamente en este lado del corazón que no se arrepiente de la decisión. Pero hoy, yo tengo quince años y no razono de esta manera. Cuando se tienen quince años cualquier reflexión no tiene la fortaleza suficiente para determinar. A esa edad los sentimientos nos rebasan y confunden. Quizás por eso mamá aparte de darme los veinte bolívares, también me regaló esta botella de whisky, como si con eso me proveyera de un valor y una corpulencia de la cual carezco. Pero no siempre los quince años escogen un cuerpo con un espíritu débil, ahí, está Tomás corpulento y vigoroso. Por cierto, qué le habrá pasado que no llega al compromiso. Quedamos en encontrarnos aquí. Ay, la mandíbula me traquetea como si tuviera piedras en la boca. O espinas. Como las de aquellas flores que cultivé en el patio de la casa.

Una vez me pinche un dedo y la sangre se me revolvió en el corazón justo en el momento en que llegó papá con el hijo que tuvo con la otra mujer. Un muchachito de bucles amarillos y ojos verdes. Su primer nombre es mi segundo nombre. Mamá salió de la cocina con una cuchara en la mano y su cara de luna. Se puso a insultar a papá que sonreía como en la foto del disparo. En su abrir y cerrar de ojos papá la cogió por la cintura y se encerró en el cuarto con ella mientras a nosotros nos mandaban a jugar con nuestro hermanito natural. Y se acuerdan, ustedes lo desnudaron y lo amarraron de un palo como hacen los indios con los blancos, yo agarré un tallo lleno de espinas y lo azoté para que no fuera hijo de puta. Cuando papá y mamá salieron del cuarto nos dieron una tremenda paliza con el cable de la televisión. Después se pusieron tan tristes que nos dieron a cada uno un cambur con un vaso de agua fría. Una receta del comando.

El barco se aproxima al puerto y me doy cuenta de que es la primera vez que me voy de la casa. En buena parte por papá, porque me trata muy mal. Seguramente se decepcionó de mí porque no salí el hijo fuerte que deseó. Desde que tenía siete años se esmeró para que hiciera ejercicios, practicara boxeo y lucha libre. Con el tiempo supo que perdía las peleas, que la nariz me sangraba y que fácilmente me desmayaba en combate con cualquier muchacho de la calle. Pensando en esto, me acuerdo de aquél día en que el Neverí corría turbulento arrastrando matas de coco, desperdicios y la porquería de la ciudad. Eran como las cinco de la tarde, o las cuatro. No había oscurecido y el agua estaba tibia y clara. Un grupo nos bañamos jugando. Cuando alguien propuso robar la hacienda que queda en la otra orilla. Inmediatamente cruzamos el río, saltamos la cerca de puas cogimos mangos y guayabas. Regresando

con la noche se oyeron unos tiros de sal y nadamos a prisa con el ardor en la espalda. En medio del río sentí bajo mis pies el cuero duro y áspero de un animal, y de repente, cercano a mí, Miguel comenzó a barrear hundiéndose a borbotones en el agua que hacía espesa su propia sangre.

Ahora el barco se acerca hacia el puerto como un lunar negro en la espalda. Cuando cumplí los quince años, cuando me salió un vello encima del labio, me daba por mirarme en el espejo. No pensaba en nada ni siquiera decía una palabra. Nada existía alrededor mío. Ni la cama ni la mesita de noche ni el estante con los libros ni el vaso de agua que vigila la boca abierta de las madrugadas. Iba al baño, empujaba la puerta y orinaba amarillento. Pero era allí, frente a la poceta, donde me asaltaba el pensamiento de que en la casa las cosas andaban de mal en peor. Y regresaba al cuarto con los pies más sucios, dispuesto a cortarme las uñas. Ustedes ya se habían ido a la escuela. Me acostaba en la cama y las uñas se amontonaban a cada corte que hacía la tijera. La sangre comenzaba a latirme sintiendo en el ambiente que terminaba la mañana y se acercaba el mediodía. Las doce, y me ponía los pantalones. Salía del cuarto hacia la cocina y mamá me daba una taza de café. Volvía sobre la mesa y pelaba papas, ocumos, y ahuyamas. en la hornilla el agua hervía. Hablaba del tiempo y la necesidad de que buscara un trabajo si no pensaba seguir el bachillerato. En un papel periódico recogía las conchas, abría la puerta del patio y se las lanzaba a los cochinos. Las trompas las devoraban en un santiamén. Y regresaba a lavar las verduras en el fregadero ponía a cocinar los pedazos de carne en la olla, y se sentaba a esperar que la carne se cocinara para luego echarle las verduras, los aliños y el hervido estuviera listo con la sal para cuando papá regresara del comando. Masticando un pedazo de pan los músculos de la cara se le movían en un concierto que desdibujaba la armonía. Resoplaba y bebía de su taza de café. Mordiendo, masticando y tragando. Y la mano desocupada se postraba como un animal relleno de costillas, las venas del dorso le latían y las uñas arañaban involuntariamente el cuero de la mesa. Aquel mantel sucio y empegostado, apenas los colores de una maravilla: Un galgo con una perdiz entre la trompa, un marrón lanudo, un gris ensangrentado y el azul de un lago donde la escena se reflejaba completa junto a la presencia inconfundible de un cazador y su caballo blanco. Billú, que dormitaba entre un sueño de moscas, salía corriendo, mordía a los cochinos y mamá se levantaba con una chancleta en la mano y se la tiraba al pobre perro que después mató el carro de papá. Lo sentimos tanto como la muerte del Pobre Pancho.

Para ese entonces yo me arrodillaba en la tierra y abría un hueco mucho más grande que el de las lombrices, para enterrar el cadáver de Pancho que estaba dentro de una caja de zapatos con el hociquito frío que mordía una lengua espumosa y pálida, mientras Josefina goteaba lágrimas y le colocaba en el cuello un arito de cuerdas con nuestros

nombres. Cuando terminé de abrir el hueco, Josefina le acarició la pelambre con palabras tristes y yo tapé la caja acongojado y lo enterré con puños de tierra que regué sobre el pequeño ataúd y ella, despegó las rodillas manchadas y su vestido de nieve se llenó de luz y bendijo ese montículo donde yo colocaba la cruz de palo, corriendo avergonzada hacia la casa, consciente de que anoche, sin darse cuenta había asfixiado al pobre Pancho mientras dormía. Suspiré viéndola partir y me levanté como oyendo una música lejana y me sacudí las manos en los pantalones cortos caminando instintivamente hacia el comando, hurgándome las uñas, a contarle al cachifo lo sucedido. Seguramente estará lavando los corotos del almuerzo, pensé. Y si el agua está cayendo, me acercaré y lo ayudaré a secar los platos y ahí, cuando le mire, los labios silbando esa canción que sabe a despedida, batiendo palmas, le preguntaré si es posible conseguir otro conejo para Josefina y para mí, eso si vale, pero que se parezca a Pancho; y con esa pregunta hecha como el que no quiere la cosa, comprenderá lo de la muerte y trancará el chorro del fregadero buscando una respuesta. Imaginando esto, anduve por entre los almendrones, encima de esa alfombra de hojas secas que tapaban la hierba que rodeaba al comando y detuve el pie descalzo frente a esa ventana del dormitorio. Y un Cristofue silbó de alegría. Como la ventana estaba demasiado alta para mi tamaño, amontoné varios bloques regados y los puse uno encima del otro y pude asomarme al cuarto, sujetándome del umbral con los dedos para no caerme, y mi remolino de pelos brilló de alegría. Papá estaba haciendo la siesta y pensé (a esa edad siempre me daba por pensar) que bien bueno que estuviera dormido, eso me permitiría hablar con Cachifo sin que el cascarrabia (papá) se me acercara con la correa y su vozarrón, a ver, tú, que haces aquí? Descargándome una maldición que me quemaría las nalgas. Anda a ver si el gallo puso. Y yo iría sobándome o esperar un huevo que el culo del gallo jamás pondría. Cuando iba a bajarme, quedé sorprendido de que los guardias estuvieran haciendo la siesta también, tenía entendido que sólo papá la podía hacer porque era el comandante de ese destacamento. El radio estaba prendido y nadie custodiaba al comando. De repente me quedé lelo como si mirara un mundo desconocido, extraño, y empecé a escudriñarlo. El ventilador colgaba del techo y giraba en rotación, bamboleándose con sus enormes aspas de madera, cortando en una vibración a zarpazos el aire caliente escondido en la garganta de ese cuarto. La brisa seca refrescaba a medias aquellos cuerpos curtidos, entregados al sueño. Eran bultos de carne que crecían y se desinflaban en un ritmo acelerado de vientres de vellos espesos, con una respiración grave que no parecía perturbarlos entre sí. La piel almidonada por el uso de las camisas del uniforme desconchaba capas blanquecinas y transparentes con el sudor brotando del centro de los pechos, de las espaldas y de esos cuellos redondos y duros cruzados de venas. Debajo de las barrigas, una correa de hilos fibrosos amarraba las

cinturas con un escudo pulimentado que tocaba el borde del ombligo sucio y profundo; los pantalones se prolongaban verde olivas, tapando las piernas huesudas que no se veían, pero que el ondulamiento que marcaba la brisa señalaban. Las botas negras colgaban de las literas, como dispuestas a lo imprevisto. Y se reproducían con sombras afiladas en ese piso abrigado a fuerza de kerosén y aserrín con que limpiaba y pulía el Cachifo en las mañanas. Una mano se levantó sonámbula como para espantar una mosca, pero cayó inerte en el vacío. En ese instante se rompió esa armonía infinita que yo miraba extasiado por la ventana. Las paredes de la habitación podían resistir cualquier embestida, sea bala de fusil o de cañón, eso fué lo primero que nos dijo papá el día en que el camión entró por la carretera de boca de tigre, haciendo sonar la corneta, saltando entre las piedras, levantando un polvo rojizo que lo cubría hasta hacerlo desaparecer y traer en un chirrido de frenos la casa que serviría de nuevo comando. Cuando la trajeron, la armaron unos hombres rubios que tenían mucha sed y disposición en hacer lo encargado, conversando solamente entre sí, diferente a como está acostumbrado a hablar uno que es de estos lugares. Alineados, papá y los demás guardias se pusieron las gorras y se presentaron con un saludo militar con el choque retumbante de las botas. Ellos, los hombres rubios, sin hacerles caso, se pusieron inmediatamente, unas bragas con muchos cierres y le dieron a papá un sobre cerrado en un marco rojo. Papá lo tomó con esa mano que parecía pesarle, y con los lentes en la punta de la nariz leyó las letras que eran como pedacitos de galletas. Era una orden. Y sin decir nada, sin chistar, se pasó la lengua por los dientes, se quitó la gorra y los guardias los imitaron; se amarraron un pañuelo en la frente y empezaron a bajar del camión la mudanza. En el trajín, papá buscó hacerse entender, pero los hombres parecían no querer escuchar y pidieron "Agua. Poquito agua". Lo dijeron de una manera tan rara que papá no aguantó la risa, y el más alto que medía como dos metros, desde su universo de chispas intercambió mirada con el otro pelirojo que instalaba el ventilador, una mirada de perro con mal de rabia, fulminante, y a papá le temblaron los labios y se le hundieron los cachetes, serio, como frente a un superior que lo dominaba con insultos, las orejas se le encendieron y bañó la cara con pena mientras los lentes se le desprendían y estrellaban en el ángulo de las botas. Al final los hombres terminaron de armar lo que al principio pareció un rompe cabezas. Y satisfechos bebieron el agua que el Cachifo les sirvió en un vaso de peltre. Y se marcharon dejando un acorazado de seguridades, porque siempre hubo la constante amenaza de unos letreros que aparecían en el cielo anunciando fechas de asaltos y muertes, de robar la dinamita, pero nadie se explicaba quien podía escribir tan alto, a menos que tuvieran un poder muy grande, como el tigre que acechaba entre la vegetación imbricada. Después volví como de un letargo y arañé la madera de la ventana tenía miedo y el corazón me latía mudo. Salté de la escalera improvisada y me fuí a buscar a Cachifo, no lo encontré en la cocina donde suponía que

estaba. Y decidí entrar al dormitorio, a registrarle los bolsillos a papá; en el momento en que lo hacía, papá semiabrió los ojos y una masa de espuma le salió por la boca, como había hecho Pancho antes de morir. Me asusté más y me olvidé de las monedas del bolsillo y eché a correr hacia la casa, a referirle a mamá lo que pasaba. Mamá no entendió lo confuso de mi narración y me acompañó junto con Josefina hasta el comando, como para que me quedara tranquilo. Al llegar, papá estaba sentado en la orilla de la cama, vomitando. Al vernos se desmayó y mamá lo subió por los brazos antes de que cayera completamente en el piso y nos pidió un vaso con agua. Y cuando Josefina y yo abrimos la puerta del baño, encontramos que los pies del Cachifo colgaban de la regadera. Después nos enteramos con el tiempo que el Cachifo había envenenado a todos los guardias con el almuerzo menos a papá que se salvó de broma. Desde entonces, nadie nos volvió a regalar otro conejo. Claro, ya estábamos grandes. Y hablando de todo, cuándo vendrá Tomás?

NARRATIVA